

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL SILENCIO

La resolución que adoptó el Gobierno de impedir que la prensa llene sus columnas con detalles de los últimos momentos y suplicio del criminal reo del asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido juzgada diversamente, como fué, es y ha de ser diversamente juzgado cuanto se haga en el mundo; porque ni cuando el Redentor descendió á él agradó á todos, muy lejos de eso, y baste tal ejemplo para consolarlos de no ser nunca doblón de á ocho.

Claro es que la prensa siente á par del alma no explotar y agotar un asunto *sensacional ó emocionante*, porque con los de esta índole teje la tela efímera de la actualidad; y el no poder enviar á las cajas los telegramas y los relatos de los corresponsales produce cierto mal humor que se revela en protestas más ó menos disimuladas contra la medida. No obstante, los que conocen la imaginación del hombre — no siempre ha de ser el corazón — se han puesto de parte del Gobierno, aprobando el sistema de silencio absoluto que cae como mortaja de nieve sobre el individuo sentenciado á desaparecer de la sociedad, porque la hirió alevosamente en las entrañas.

Puédese calcular las distancias interplanetarias, el peso y volumen del sol, la marcha de los astros por el espacio infinito; no se puede calcular jamás adónde llega la vanidad humana, ni qué carga de trabajos y sufrimientos es capaz de arrostrar un mortal, no ya por la gloria, por la fama solamente, sea mala ó buena. Elevaron los jonios, en la poderosa ciudad de Éfeso, un templo que se contó entre las maravillas del mundo. Era su anchura de unos setenta metros, y lo soportaban ciento veintisiete pilares, de veinte metros de alto, en cuyos capiteles y ornato habían trabajado los más hábiles escultores griegos. Se invirtieron más de dos siglos en erigir tan admirable fábrica, que consagrada á Diana y enriquecida con oro, plata y marfil, fué orgullo de los efesios y asombro de los que acudían en peregrinación desde lueñas tierras á visitarla y á ofrecer sacrificios á la diosa. Una noche tuvo la deidad que abandonar su santuario; la llamaba fuera un deber imperioso: asistir al feliz alumbramiento de Olimpas, que en aquel instante daba á luz á Alejandro, el que había de ser Magno andando los tiempos. Aprovechando la corta ausencia de la blanca Diana, un malvado penetró en el templo recatando tras el manto una tea, y cuando todo dormía en Éfeso, la roja luz de las llamas anunció que se reducía á pavesas la maravilla del orbe. Fué preso el incendiario y le aplicaron la tortura, á fin de que revelase quiénes eran los enemigos de la ciudad que le habían inducido á destruir su mejor prenda, su más preciada joya; pero él, negando que tuviese cómplice alguno, declaró que sólo le guiaba el deseo de perpetuar su nombre y que pasase á las generaciones futuras, ya que no con la dorada aureola del genio, con la rojiza del crimen. Y entonces los magistrados, hiriéndole por donde pecaba, prohibieron bajo severísimas penas pronunciar ni escribir el nombre del que había quemado el templo. La prohibición fué desatada, y bastantes historiadores consignaron el nombre odioso y abominable que, en efecto, ha llegado hasta nosotros grabado en letras

de fuego. Yo censuro á los que no obedecieron la ley de aquellos justos jueces, y me complazco en cumplirla á los veintidós siglos y medio de promulgada; por mí no sabrás, ¡oh lector!, cómo se llamaba el que abrasó el monumento á fin de inmortalizarse. Caiga la obscuridad sobre quien buscó la publicidad á cualquier precio, y olvídesele como se olvida la piedra en que tropezamos y que después no distinguimos de las otras, aunque haya estado á pique de costarnos la vida.

Lo que prueba esta historia de la quemazón del templo, es que en psicología sociológica no hay progreso alguno. Los móviles de vanidad monstruosos que guiaban á un efesio contemporáneo de Filipo y anterior trescientos y pico de años al advenimiento de Cristo, son los que hoy determinan quizás ciertos actos horribles que nos estremecen como una pesadilla; y los métodos de represión y castigo empleados por la autoridad constituida á fines del siglo XIX no se diferencian de los que ponían en práctica los representantes de la confederación jónica en los primeros días de la existencia de Alejandro Magno. Tampoco han aprendido los escritores ni pizca, puesto que hay en ellos el mismo prurito de hablar y repetir nombres vedados, reprobados y reprochables, que demostraron Teopompo y otros autores contemporáneos del incendiario de Éfeso.

Posee la palabra, hablada ó escrita, tal fuerza de expansión y tal dinamismo, que se diría que en ella reside la raíz misteriosa de la acción y la esencia de la voluntad. Si las cosas no se hablasen ni se escribiesen, acaso nunca llegarían á ejecutarse. Quitad la efervescencia de la propaganda, quitad la agitación del aire, y no se producirá la crisis activa. Sin el verbo, nunca serán hechas las cosas. Todo principio político ó social, antes de armar los brazos, pone en ejercicio las lenguas y las plumas, y crea una literatura propia — oral ó escrita: — discursos, arengas — esas prolijas declaraciones á que los criminales políticos demuestran tanta inclinación, — artículos, versos, dramas, tratados, biografías y hasta jaculatorias: de éstas compusieron los nihilistas rusos algunas muy notables. Hay revoluciones que nos han legado, en primer término, no hechos, sino frases sentenciosas, lapidarias y á veces magníficas por su concisión. Todo este caudal literario es el campo de cultivo de los gérmenes que van después á propagar la epidemia.

Así la llaman los tratadistas: hoy es un concepto generalizado el ver en los motines y asonadas, y aun en los atentados que se cometen aisladamente, casos de una enfermedad del alma, que se pega. Lombroso, en su libro *El crimen político y las revoluciones*, donde hay, como en otras obras del mismo autor, observaciones luminosas mezcladas con peregrinos errores y con datos mal depurados y generalmente inexactos, estudia este fenómeno de la *impulsión epidémica*, y describe gráficamente á las muchedumbres excitables, de ardiente imaginación, ricas en fe, en ignorancia y en heroísmo, y predisuestas á la embriaguez moral, acrecentada por los gritos recíprocos, el contacto, el valor que infunde el estar juntos, y que llega al extremo de suprimir el sentimiento de la conciencia individual, y arrastra á cometer acciones que uno solo ni se atrevería á realizar, ni siquiera le pasaría por las mientes que pudiesen llevarse á cabo. Como consecuencia de estos fenómenos, resurge el instinto sanguinario, la inclinación natural al homicidio, que largos años de normalidad y múltiples elementos de cultura moral habían adormecido y apaciguado; entonces la crueldad, la ferocidad, el ansia de destruir ciegamente y de hacer daño por gusto de hacerle, aunque ningún provecho reporte, ni alivie la situación de nadie, ni gane nada la misma causa de los malhechores, aparecen cual escorpiones irritados, ansiosos de morder y matar. Mas lo que Lombroso no dice explícitamente es que un individuo puede ser atacado de esa enfermedad epidémica sin necesidad del contacto inmediato de la multitud. No es necesario que le rodeen los cuerpos de los demás enfermos: basta con sus espíritus: basta el contagio transmitido á distancia, con sutiles efluvios, por la palabra hablada ó escrita. Aquel *tolle, lege*, que una voz hizo resonar en los oídos de San Agustín cuando lloraba bajo la higuera, y que para su bien escuchó; aquella excitación á leer, á asimilarse la substancia del verbo, óyenla por su mal y su perdición los que no habían nacido para comprender, sino para vivir en su esfera humilde, mil veces más venturosos. No se ha estudiado el problema de si la lectura y la instrucción convienen indistintamente á todos los hombres. Difícil sería que el Estado, y hasta que los mismos profesores, dedicados á la enseñanza, señalasen con acierto los individuos aptos para aprender, á quienes el estudio aprovecha, mejora y moraliza realmente; pero es indudable que no son todos; es indudable que hay cabezas mal or-

ganizadas, que no resisten el embate de las ideas adquiridas por la lectura. Así como vemos mucha gente con pulmones, piernas y brazos endebles, conocemos infinitos cerebros de escaso vigor, entendimientos flacos, jorobados y tuertos, meollos sin consistencia; y si á veces pecan por perezosos, lentos, cerrados y duros, donde cae la instrucción como en las peñas la simiente, otros adolecen de combustibles, ilusos y fáciles á la sugestión, incapaces de análisis y crítica; y para éstos, determinadas teorías son como ciertos grabados y ciertas noveluchas eróticas para los adolescentes. Entre estos hombres agusanados por los libros, víctimas de una obsesión ó idea fija que se hince en su inteligencia y la desorganiza hasta llevarla á los linderos de la locura, se reclutan los regicidas, los dinamiteros, los asesinos fríos y los suicidas indirectos, los incendiarios, los que cometiendo un italianismo se suelen conocer ya por el calificativo de *matoides* que les da Lombroso.

Los únicos fanáticos políticos que he visto de cerca eran nihilistas. A pesar de la aureola que presta la persecución, á pesar de que la convicción suele ser comunicativa para las personas de mi sexo, siempre noté que entre aquellos sectarios y mi inteligencia se alzaba una pared — no puedo expresar sino así lo que sentía. — Los que á la novela hemos consagrado buena parte de nuestra actividad literaria, hacemos profesión de comprenderlo todo, de encontrar en los más singulares casos algo que explique, si no justifique, los desvaríos del pensamiento y las aberraciones de la sensibilidad. No obstante, me costaba gran trabajo reunir la necesaria cantidad de simpatía y de tolerancia cuando, al correr de las pláticas, notaba de pronto que aquellos cerebros no funcionaban normalmente; que, semejantes á D. Quijote, cuerdos siempre que de otras cuestiones se tratase, aparecía en el nihilista de acción, al tocarse el punto del tiranicidio — llamémosle así, — esa zona de sombra del alma donde agitan las Furias su cabellera de sierpes. Y sin embargo, ¿cómo comparar á los nihilistas, procedentes de una nación donde por fin el régimen existente puede llamarse despotismo, de una nación donde se aplicaban castigos y penas que aquí desconocemos por fortuna, con los criminales políticos que surgen en países tan libres y tan sometidos á la normalidad legal como Francia, Italia y España?

Dejemos caer sobre esta nueva úlcera social, más extensa de lo que tal vez supongan los espíritus optimistas, el bálsamo bienhechor y calmante del silencio. No ayudemos á que se difunda la infección, no seamos vehículo del contagio, al menos en estos artículos ligeros, que ni aun tendrían la excusa de querer mover el ánimo á serias consideraciones. Quizás la enfermedad, declarada á mediados del viejo siglo, decrezca en los primeros años del que ya asoma en el horizonte. Las sectas son como meteoros: no tienen la duración y consistencia de las opiniones templadas que en la razón se fundan. Los trastornos son fugaces, la evolución lenta, firme y perseverante. Esperemos callando.

EMILIA PARDO BAZÁN